

LOS DOS PACTOS

OWEN D. OLBRICHT

«Queda, pues, abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia (pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios» (Hebreos 7.18–19).

Pablo escribió acerca del antiguo pacto y el nuevo, usando una vívida ilustración para compararlos:

Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa. Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar. Porque Agar es el monte Sinaí en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, pues ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre (Gálatas 4.21–26).

Obviamente, el pacto representado por Agar es el antiguo. Los cristianos son hijos de la libre, que es Sara, el nuevo pacto, y no de la esclava, que representaba el pacto que Dios hizo con Israel (Gálatas 4.31). Los hijos de la esclava no heredarán con los de la libre (Gálatas 4.30). Son los hijos, no los esclavos, los que heredan (Gálatas 4.7).

El primer pacto fue hecho con los hijos de Israel (Éxodo 34.27–28). Es a los herederos bajo el nuevo a los que se les considera hijos de Dios, los que han sido bautizados en Cristo (Gálatas 3.26–27). Los que están bajo el primer pacto no heredarán con los hijos de la libre, esto es, los que están bajo el pacto de Cristo. Habiendo sido libertados de la esclavitud

del primer pacto, los cristianos no han de estar sujetos otra vez al yugo de esclavitud. Cristo nos hizo libres (Gálatas 5.1).

Los apóstoles son los ministros del nuevo pacto (2ª Corintios 3.6), un pacto más glorioso que los Diez Mandamientos, que fueron escritos en piedra. El primer pacto era el ministerio de muerte y condenación (2ª Corintios 3.7–9). Después de recibir ese pacto ante la gloriosa presencia de Dios, Moisés tuvo que llevar puesto un velo para que Israel no mirara el resplandor de su rostro (2ª Corintios 3.7–13; Éxodo 34.27–33).

Por el tiempo que Pablo escribió a los cristianos de Corinto, ese pacto escrito en piedra, que no tenía la gloria del nuevo (2ª Corintios 3.9–10), ya había dejado de permanecer. «Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece» (2ª Corintios 3.11). El nuevo pacto del cual él era ministro todavía permanece, pero el que fue escrito en piedra, ha perecido.

La ley que Dios dio a Israel cumplió su propósito y terminó con la introducción del nuevo pacto de Jesucristo. Ahora que el nuevo pacto ha sido inaugurado por la muerte y la sangre de Jesús, ya no estamos bajo el pacto que Dios dio a Israel. La ley y pacto anteriores cumplieron su propósito y llegaron a su fin para que el glorioso pacto de Jesús, que anunciaban, pudiera resplandecer con toda su gloria. ■